

# La Actuación del Sacerdote en la Política

Francisco Interdonato, S.J.

Profesor de Teología en la Pontificia Facultad de Teología de Lima y en la Universidad Católica de Perú

## No el sí, sino el cómo

El problema no es *si* el sacerdote debe ocuparse y actuar en política, sino el *cómo* y en *qué* clase de política. Que el sacerdote, igual que la Iglesia toda, debe dar su contribución a la política en cuanto acontecer y fenómeno humano es claro para todos; y los cristianos en particular aguardan de la Iglesia que les enseñe cómo acomodar al Evangelio toda su vida y que, por tanto, les anuncie, además del mensaje sobrenatural, el natural, puesto que Ella (la Iglesia) reivindica el conocimiento y tutela de la Ley Natural; tiene una "Doctrina social de la Iglesia", revalorada ahora por la Conferencia de Puebla (nn. 793; 1008; 1196); y posee esa singular Constitución en que un Concilio Ecuménico descendió al terreno de la historia humana. El Vaticano II, sin buscar precedentes en los Concilios anteriores, que sólo habían definido a la Iglesia "ad intra (internamente)", lo hizo también "ad extra" (externamente). Y no de paso. Le consagró su Constitución más larga y característica, la *Gaudium et Spes*. Allí enseña oficialmente que el misterio inefable de Dios no basta vivirlo en un idilio a solas o en el simple cumplimiento dominical; hay que objetivarlo en el mundo, por cierto secularizado, de hoy. El don sobrenatural y las relaciones con Dios tienden a configurar la vida terrenal y las relaciones sociales, nacionales e internacionales; y no serán verdaderos sin un esfuerzo serio para aplicarlos a estas realidades. Se atrevió a describir la situación del hombre, a enseñarle la posibilidad de creer en Dios. Habló del ateísmo, pero también descendió a los problemas naturales, urgentes, como la familia, el progreso, la vida económico-social, la comunidad política nacional e internacional, etc.

Resulta, pues, retórica la pregunta de si el sacerdote, y más el latinoamericano, puede desentenderse del destino de sus hermanos los hombres, en particular los pobres, marginados y oprimidos. Su situación tiene que barrenar todo conformismo indolente y punzar nuestro propio estado y entorno privilegiado. Si otros hombres han experimentado y experimentan esta vivencia, no es presunción que el Sacerdote se diga: "¡Cuánto más yo"! Al leer expresiones como las siguientes: "¿Tiene uno derecho a ser feliz en una ciudad dominada por la peste?" (A. Camus); o la célebre frase de Bertoldt Brecht: "¿Qué mundo es éste donde hablar de las flores es un delito, por ser al mismo tiempo un silencio sobre tantos males?"; o los versos de Unamuno: "Mira Señor, que mi alma — jamás ha de ser libre — mientras quede algo esclavo — en el mundo que hiciste"; y

mucho antes —porque los hombres del pasado también juzgaron a la suya como la más calamitosa de las épocas— Hölderlin había escrito algo semejante: “¿... y para qué los poetas en tiempo de miseria?” (... und wozu Dichter in dürftiger Zeit?). Si nos remontamos a Dante y a Hesíodo, hallaremos parecidos interrogantes y parecidas actitudes. Ninguno de ellos, sin embargo, renunció a hablar de las flores o a su poesía y vocación propia. Aun cuando su trágica situación fué y tuvo que ser el tema inspirador, el verdadero literato (de estos son los ejemplos tomados, pero podíamos haber escogido cualquier otro), lo transpuso poéticamente, sin disolver su arte en tratados socio-políticos.

Paralelamente el “¡Cuánto más el sacerdote!” significa que debe preocuparse y ocuparse de los pobres, marginados, oprimidos... , pero ¡como sacerdote, no como político! Esta es la tentación de nuestra época que debe vencer, como enseña la Conferencia de Puebla: “Como Pastor que se empeña en la liberación integral de los pobres y de los oprimidos, obra siempre con criterios evangélicos. Cree en la fuerza del Espíritu para no caer en la tentación de hacerse líder político, dirigente social o funcionario de un poder temporal” (n. 696).

La diferencia con el pasado puede consistir en que las causas del malestar, pobreza, opresión, sean distintas (tal vez no tanto y quizás no más), pero no puede determinar un cambio en el actuar del sacerdote tan fundamental que lo prive de identidad. En las épocas iguales o peores del pasado, el sacerdote no experimentó menos el dolor de sus hermanos, no dejó de identificarse con ellos; pero ¡no trastrocó su ministerio! Antes bien, cuanto más el mundo se ha parecido a un “valle de lágrimas”, más plena y exclusivamente *sacerdotes* se han considerado, y como tales han actuado. Si se les puede achacar algún defecto, es precisamente el de haber lanzado amenazas y predicciones de mayores cataratas de azotes sobre el mundo “pecador”; pero jamás se le había ocurrido a nadie ni el reducir los males socio-político-económicos a causas puramente socio-económicas ni suspender el oficio propiamente sacerdotal para remediarlas, cambiando lo específico del sacerdote por lo socio-político-económico.

Esto es, pues, lo que queremos decir: El Sacerdote, mucho menos que cualquier otro hombre, no puede desentenderse de la suerte de sus hermanos en el mundo, especialmente de los más necesitados. Esto pertenece tan claramente a la esencia del Cristianismo que resulta patente incluso a un autor profano, aunque muy excepcional, como Toynbee, que da el hecho y el motivo profundo: “En última instancia, un nivel superior de vida espiritual no es compatible con una chocante injusticia social; y en el pasado la coexistencia de la santidad y la injusticia, explica por qué una aceptación voluntaria de la pobreza —cosa que dura hasta ahora— representó siempre una parte importante en la experiencia y vida de los Santos de todas las grandes religiones”. Pero, añade, por otra parte: “Es cierto que una mera elevación del nivel de vida no es satisfactoria si se la persigue como un fin en sí misma. Al propio tiempo es también cier-

to que el nivel espiritual no puede elevarse para la humanidad en general a menos que se eleve el nivel de la vida material de las "clases sumergidas; y hoy las tres cuartas partes del género humano, están aún sumergidas"<sup>2</sup>.

Si no bastara el sentido humano, "el amor de Cristo nos apremie" (2 Cor. 5,14) para elevar el nivel de vida material y cultural, rápida y eficazmente de las "tres cuartas partes del género humano". No está, entonces, esto ni puede estarlo sobre el tapete, y no es lícito capitalizarlo amparándose en el repertorio socialista. Honesta, serena y sacerdotalmente hablando, el problema es el cómo. Y el cómo propuesto o practicado por un cierto número de teólogos, sacerdotes y agentes pastorales que parecen querer transformar o haber transformado la teología en sociología, la predicación en política, el culto en vehículo de concientización, no es el cómo cristiano, o por lo menos sacerdotal. Independientemente de para qué se concientiza, el usar el culto, sobre todo el eucarístico, para ello, es una perversión intrínseca; como lo es el haber cambiado, en buena parte, la misión y el ser del sacerdote y, en su tanto, del Cristianismo.

#### Entre el Magisterio y el Cristiano Laico

Para establecer cómo debe actuar el sacerdote, es preciso distinguir lo que puede y debe hacer él de lo que puede y debe hacer, por un lado la Iglesia en cuanto tal, y por otro, el laico; puesto que efectivamente el sacerdote está (en un sentido verdadero) colocado entre ambos. Correspondientemente debe situarse su tarea: Entre lo más general y principista, propio del Magisterio oficial y universal; y lo concreto y particular, que es misión del laico.

El Magisterio será tanto más universalmente doctrinal cuanto más elevado es su órgano manifestativo. Por eso los Concilios se expresan en la forma más parecida a como lo hizo el mismo Señor. Proponía la verdad, pero no la explicaba a manera de un escriba o de un teólogo. El Vaticano II es sólo en apariencia una excepción. Su singularidad estuvo únicamente en que tocó problemas desacostumbrados en los Concilios, pero lo hizo según el mismo espíritu y método: No "científicamente" sino "aseverativamente", es decir, basado en la autoridad de Dios, no en el raciocinio humano o en disciplinas profanas. Y sólo dió doctrinas y normas generales. *Generales* no significa etéreas, abstractas o confusas. Son muy claras y precisas en su orden de principios, pero no especializadas y menos partidistas. No proponen un plan concreto de llevarlas a la práctica ni reducen las posibles maneras de hacerlo a una sola, optando por ella y vinculando, por eso mismo, las conciencias, no sólo al fin sino al medio y al método. Este estilo está claramente indicado por el Vaticano II; "El Concilio se limita a recordar —dice— tan sólo algunas verdades fundamentales y exponer sus fundamentos a la luz de la Revelación. A continuación subraya algunas consecuencias que de aquellas fluyen y que tienen extraordinaria importancia en nuestros días" (G S 23). Para no llamarse a engaño, léanse en los números siguientes cuáles son esas *consecuencias* que subra-

<sup>2</sup> Ib., p. 115.

ya, y se comprobará que el Concilio se limita estrictamente a dar la doctrina general sobre la índole comunitaria de la vocación humana según el plan de Dios, sobre la dignidad de la persona humana, el bien común, etc., que ciertamente no son "certidumbres de otro mundo" en el sentido peyorativo que le da J. L. Segundo<sup>3</sup>; pero tampoco, ni mucho menos, política-praxis.

Los otros órganos del Magisterio que han dicho su palabra en la materia, son las Encíclicas Sociales de los Papas (a partir de León XIII) que constituyen fundamentalmente la llamada "Doctrina Social de la Iglesia". En ésta se subrayan más consecuencias que en el Concilio; pero siempre dentro de la misma orientación. Igual hay que decir de los Sínodos Particulares de Obispos y, en concreto, de la Conferencia de Puebla. Esta, por la especial tentación que representa el dramático estado social de América Latina, y no obstante haber formulado enérgicas denuncias en lo socio-económico, creyó necesario puntualizar claramente que: "Los Pastores, puesto que deben preocuparse de la unidad, se despojarán de toda ideología político-partidista" (n. 526). Y no sólo los Obispos: "Los Sacerdotes, también ministros de la unidad y los Diáconos, deben someterse a idéntica renuncia personal. Si militaran en política partidista, correrían el riesgo de absolutizarla..." (n. 527). Y finalmente de los Religiosos en general dice que: "Deberán, pues, resistir igualmente a la tentación de comprometerse en política partidista, para no provocar la confusión de los valores evangélicos con una ideología determinada" (n. 528).

A esas razones profundamente religiosas, "desde arriba", que da Puebla para excluir la participación en política-praxis o partidista (es decir, la que se ejerce en las Cámaras, en los Partidos, a veces en los Sindicatos, en la organización del Estado, en la economía, mediante la prensa afiliada, etc.) que los Obispos Latinoamericanos excluyen de los sacerdotes por ser "Ministros de la unidad", para "no absolutizar la política", "no confundirla con valores evangélicos"; se deben añadir las razones "desde abajo" a partir de lo extraordinariamente complejo de la política nacional e internacional hoy, de la estructura del Estado y, sobre todo, de la superespecialización de la economía moderna que no puede ser objeto de fácil comentario sino de sutil tratamiento que sólo puede proceder de directiva de expertos. Ahora bien los sacerdotes y teólogos (ni tampoco un Sínodo de Obispos ni la Iglesia entera) son una directiva de expertos en esos campos.

La ilusión contraria (de creerse expertos) está en la base de la implacable crítica por parte de tantos teólogos y sacerdotes actuales contra la acción social de la Iglesia, a la que se acusa de no haber hecho o de no hacer en lo socio-político lo que ellos estiman que debió o debe hacer; y pasan de largo el presupuesto en el que, en realidad, todo el problema reside: Si la Iglesia efectivamente *debió* hacerlo y si tuvo la capacidad —o si la tiene— para llevarlo a cabo. A los que les interesa utilizar políticamente a la Iglesia les resultará artificial o cándido oír que la Iglesia, Sínodo, Sacerdotes, no son *expertos* en lo socio-político-económico;

<sup>3</sup> J. L. Segundo, *Liberación de la Teología*, C. Lohlé, 1975, p. 126.

pero gracias a Dios es la verdad. El que llega a ocupar un sitio en el Magisterio de la Iglesia, no es por ser experto en esas áreas (las excepciones son defectos), sino en la Revelación.

Por consiguiente nada extraño, al contrario muy eclesialístico, que, fuera de su campo la Iglesia tenga más limitaciones que los Partidos Políticos y los Estados, como dice muy bien Rahner: "Si se comprenden estas limitaciones suyas (de la Iglesia), que en el fondo constituyen su fuerza, porque en último término la Iglesia es precisamente la Iglesia del Evangelio y de la gracia redentora y perdonadora de Dios"<sup>4</sup>. La Iglesia tiene obligaciones y normas de comportamiento distintas del Estado, políticos y economistas. Un sacerdote particular por una especial competencia y en circunstancias particulares, puede ir más allá de la Iglesia oficial, es decir, descender a más especificaciones (sin caer en política-praxis), pero sin acusar a la Iglesia de "cómplice del orden establecido" (¡cuando el "orden establecido" no es el comunista!) y sin pretender hablar en nombre de Ella.

Claro que con esto no hemos resuelto todos los problemas y casos de la historia de la Iglesia. No es posible ni hace falta; pero tampoco hace falta ese constante evocar dichos problemas y limitaciones de la Iglesia, que hace sospechar que en definitiva lo que más les duele a esos críticos de la Iglesia no es que se hayan dado intervenciones en lo socio-político-económico con desmedro del fin del sacerdocio, sino que no se hayan dado en favor de lo que ellos llaman "la revolución". Creemos que la raíz tanto de la crítica al pasado de la Iglesia como de la expectativa para el presente y el futuro, es el mismo error, ahora más inexcusable que antes, de atribuir a la Iglesia un fantástico potencial revolucionario político. Como quiera que haya sido antes, ahora salta a la vista la radical impotencia de la Iglesia en el complejo mundo socio-económico-político de hoy. Esto debe ser reconocido sin lamentarlo, antes bien, como la condición para que el potencial que sí tiene y debe tener en su misión, se despliegue. Piénsese qué exacta es esta reflexión: "La sobrevaloración de las posibilidades de la Iglesia para una estructuración directa del mundo (común al triunfalismo clerical y al derrotismo seglar) está fundada en una infravaloración de su verdadera tarea"<sup>5</sup>. Lo mismo confirma el fenómeno muy común de *no-creyentes* partidarios decididos de la teología de "izquierda" o de "derecha". ¿A quién sirven tales teologías? ¿A quién debe servir la teología? Si la teología no se considera fabricante de verdades y no manipula la Revelación, sino que se limita a ser lo que es *testigo* (no inventor) de lo que hay y de lo recibido, está fuera de la categoría de "izquierda" y "derecha", válidas sólo en el campo de lo libre y legible.

Si de aquí algunos quieren deducir que el Cristianismo ha fracasado en la historia, sea. En tal caso, igual que el fracaso de Cristo, hay que atribuirlo al respeto a la libertad humana. Ni Cristo ni el Cristianismo aspiran a otra victoria que no sea la interior y espiritual contra el mal.

---

<sup>4</sup> Karl Rahner, *Peligros en el Catolicismo Actual*, Cristiandad, 1964, p. 150.

<sup>5</sup> *Ib.*, p. 148.

La verdad divina, precisamente por ser la más elevada, es la más desarmada; el hombre puede afirmarse ante ella hasta la posibilidad de rechazarla. Creer es escuchar la voz que mana, precisamente, de esta "debilidad" divina. Lo esencial de su mensaje corre peligro cuando la violencia, la riqueza, o la astucia, intervienen en su difusión. Si el hombre exige y ama su propia libertad, no debe acusar a Dios y a la Iglesia de las consecuencias de su mal uso. Berdiaeff en un valioso libro suyo refiere este episodio: "Hay en Wells un diálogo entre los hombres y Dios. Los hombres se quejan ante Dios de que la vida está llena de sinsabores, de sufrimientos, de guerras, de calamidades, etc., de que es insoportable. Y Dios contesta a los hombres: Si esto no os agrada, no lo hagáis"<sup>6</sup>.

### Como Cristo

El cómo de la intervención del sacerdote en política ha de ser fundamentalmente un trasunto del actuar de Cristo. Y ¿cómo descubrimos cuál fué el actuar de Cristo? ¡Hemos visto tantas lecturas del Evangelio! Sin acudir aquí —por método, no porque no sea el argumento definitivo— a la instancia del Magisterio, creemos que teológicamente no es imposible sino muy posible conocer el actuar de Cristo. De lo contrario no habría sido subjetivamente (para nosotros) salvífico. La diversidad de *lectura* es el resultado de aplicar al Evangelio los métodos interpretativos de la literatura en que la doctrina se separa del acontecimiento, porque efectivamente es separable. En el Evangelio la doctrina de Cristo está esencial e inseparablemente encarnada en el acontecimiento, y no cabe interpretar lo uno sin lo otro. Para conocer el efecto de la conversión a Cristo, por tanto, no basta considerarlo teóricamente y concluir que tiene que ser de esta manera o de la otra, producir estos efectos o aquellos según esquemas míos. Es necesario ver y oír, contemplar cuál fué, y experimentar cuál es. Tomemos el ejemplo de una conversión narrada por el Evangelio y conectada con nuestro tema: ¿Cuál fué el efecto? ¿Qué experimentó?: "Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo" (Lc 19,8). Según las épocas las diferentes *lecturas* traducirán concretamente el propósito externo de Zaqueo en repartir acciones, fundar o socializar una fábrica, etc.; pero el carácter fundamental y la disposición de ánimo producida por la conversión a Cristo no podrá variar: Esta por su naturaleza se dirige a todo el hombre en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con los demás. Y esto ha sido igual en el pasado, por eso la crítica a la Iglesia de antes, suele estar desfasada.

Por tanto el sacerdote que busca su ubicación en el proceso socio-político actual, no tiene por qué aplicar cánones y criterios recibidos desde fuera para edificar la teoría de que el Cristianismo implica el socialismo o el capitalismo. Lo que el Cristianismo implica o no implica tiene que verse y experimentarse desde dentro tanto por la Palabra oída como por la

<sup>6</sup> Citado por Nicolás Berdiaeff, *El Cristianismo y la Lucha de Clases*, Espasa-Calpe, Buenos Aires 1942, p. 140.

vivencia recibida. No basta la sola vivencia (la interpretación existencial a lo Bultmann), ya que la vivencia puede ser avasallada por la vida; ni la sola Palabra anunciadora que, desligada de la genuina experiencia de Dios correspondiente, puede designar otra cosa, convertirse en ideología. De esta índole sería, por ej., considerar como un ejemplo de socialismo lo narrado en el cap. 5 de los Hechos. Porque, además de haber estado localizado en el tiempo (dura muy poco) y en el espacio (en una sola Comunidad, la de Jerusalén), fué esencialmente libre como lo atestigua la conminación de S. Pedro a Ananías: "Has mentido al Espíritu Santo, quedándote con parte del precio del campo. ¿Es que mientras lo tenías no era tuyo, y una vez vendido, no podías disponer del precio?... No has mentido a los hombres sino a Dios" (Hch 5, 3-4).

Desde luego el mundo puede evolucionar y configurarse de manera que el socialismo sea duradero y universal o que desaparezca. Lo que ninguna evolución podrá producir es que tal socialismo o no-socialismo pertenezca a la Revelación eterna y sea vinculante por mandato del Evangelio. Aunque hipotéticamente se llegara a la conclusión de que ser plenamente humano implica ser socialista o capitalista; ser cristiano no podrá consistir nunca en eso. Todo lo más podría ser un presupuesto, como otros, por ej., la libertad. En otras palabras: Podrá haber un cristiano socialista o capitalista, pero no un socialismo o capitalismo *cristiano* a la manera como hay (el ej. mismo aparece ridículo) un Credo cristiano, Sacramentos, etc. Paralelamente, no puede haber una política cristiana en el mismo sentido, es decir, que se identifique con el Cristianismo o que sea la única manera como se puede realizar el Cristianismo. En cambio (¡por desgracia!) es posible una política *anticristiana*, cuando, sobrepasando su propia esfera, ataca o niega positiva y programáticamente al Cristianismo.

Lo cual no significa que el Cristianismo no tenga nada qué ver con el mundo socio-político o que no influya en él. Influye, pero indirectamente, derivadamente. Entiéndase, empero, bien: Ese influjo no debe concebirse como una consecuencia lógica, unívoca, que determina una sola posibilidad política o económica. En tal caso dicho influjo, por mucho que se llame indirecto y derivado, equivaldría a una acción ejercida sobre la política-praxis y no sobre aquello en que únicamente puede acontecer, la política ampliamente dicha (o impropriamente dicha) la principista, común a todos los Partidos políticos bien intencionados. En concreto, para poner un ejemplo, esa política "ampliamente dicha" sería todo lo contenido en el Título 1º de la nueva Constitución del Perú sobre los "Derechos y Deberes fundamentales de la persona"<sup>7</sup>. Sólo en este sentido pueden tener validez esas expresiones tan sumariamente repetidas: "Cristo, liberador de la injusticia... del hambre... del subdesarrollo... etc.". Es evidente que el Señor no asumió en forma directa estas tareas. A Dios no le hubiera faltado talento para formular un programa y poder para

<sup>7</sup> Cfr. *Nueva Constitución Política del Perú*, promulgada por la Asamblea Constituyente el 12 de julio de 1979. La mayor parte de los primeros 78 Artículos —diríamos que especialmente los 11 primeros— contienen lo que aquí llamamos "política ampliamente dicha".

ejecutarlo. Esas tareas las entregó a los hombres. El Dios-Hombre vino para librar de aquello de que *sólo* El puede liberar, del *pecado*. Pero pecado entendido teológicamente, como la decisión libre, existencialmente radical, contra el orden de la naturaleza y de la Gracia, y contra la voluntad de Dios manifestada en la Revelación oral (Dz. S. 1544; 1577; 1578). Primaria y esencialmente es algo interior; sólo secundaria y derivadamente tiene efectos exteriores, como dijo el mismo Señor: "De dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias" (Mt 15.19). De donde, si Cristo directamente libera de la causa interior (el pecado), indirectamente liberará de los malos efectos exteriores que de allí brotan.

Naturalmente con eso no se ha suprimido el pecado original ni se ha resuelto el misterio del mal. Pero son absurdas antes de ser panfletarias, expresiones como "Cristo guerrillero... revolucionario..." Porque es simplemente contradictorio liberar del pecado violentamente. Ni la omnipotencia de Dios podría lograrlo. Si respeta la libertad del hombre que El creó, no puede eliminar la posibilidad de lo arbitrario, lo injusto, lo malo, lo contradictorio, en el actuar del hombre. La fuerza sólo puede ejercerse sobre los efectos externos del pecado, sobre los actos imperados, no sobre los actos ilícitos. Es posible obligar a poner los actos que normalmente deberían proceder del amor, mas no a *amar*, es decir, a la conversión interior.

Pero hay más. Cristo no quiso usar la violencia, no obligó con coerción física ni aun en esa esfera exterior donde de suyo era posible. No pensaría al Dios Encarnado el que imaginara que Cristo quiso suprimir coercitivamente las injusticias, el hambre, el subdesarrollo, y no *pudo*. No quiso invocar "más de doce legiones de Angeles" (Mt 26,53) porque con eso no se aniquilaría la fuerza del mal sino al hombre, que es de por sí bueno, con capacidad de obrar mal; pero ni aun contra los que así obran Cristo es violento: "No sea que al arrancar la cizaña, arranquéis a la vez el trigo" (Mt 13,29). Este fue el *cómo* de Cristo para suprimir las injusticias; *cómo* que pertenece a la Revelación perennemente vinculante. No al sacerdote y al teólogo pertenece imponer compulsivamente límites a las manifestaciones externas de la mala voluntad, sino al Estado y a los políticos. Estos deben impedir el triunfo *externo* de la injusticia.

Podrá objetarse que este último, el método coercitivo, es más efectivo, que "Los filósofos han interpretado el mundo; el marxismo, lo transforma". Lo que han hecho los filósofos y lo que ha hecho el marxismo, son cosas de ellos. Alcanzar la justicia con métodos arbitrarios, puede ser más fácil. Nosotros no lo creemos, por lo menos a la larga. Pero, sea como sea, el Cristianismo no compite con el Marxismo (como con ningún otro sistema político) porque no los puede considerar sus iguales. Acata la voluntad de Dios que renunció al triunfo exterior de la justicia, que no usó la policía, como puede y debe usarla el Estado. El Reino de Dios no se impone, requiere renacer "de agua y de Espíritu" (Jn 3,5). Nacer del Espíritu supone la libertad del espíritu. El cristiano, el sacerdote, el teólogo, enseñados por el rechazo de Cristo de la 2a. y 3a. tentación (Lc 4,6ss.), sabe además que el Reino de Dios no será posible sin cruz; que



la Redención es por el sufrimiento; y que la verdadera justicia, la duradera, requiere purificación interior.

No tiene, pues, el sacerdote por qué sentirse acomplejado a causa de su pretendidamente menor contribución en lo socio-político, ni necesita cambiar de tienda, ni añorar epítetos de "revolucionario", "izquierdista", etc., o aceptar que el *cómo* del cambio social sea mediante la lucha de clases. Tampoco será ingenuamente triunfalista, creyendo que con ser cristiano se han resuelto todos los problemas. Esto no es verdad porque, en primer lugar, *ser cristiano* es siempre estar en camino de serlo; y, en segundo lugar, porque el cristiano como tal —y menos el sacerdote—, no lo sabe todo y no puede ni debe hacerlo todo.

### La "Concretización"

La "concreción" o descenso a lo socio-político del Sacerdote, si no es mediante un sistema social y económico ni mediante partidos políticos, ¿cómo es? Porque evidentemente, tiene que bajar a la vida de cada día y en este mundo. La respuesta fundamentalmente está dada: Debe hacerlo en nombre de lo espiritual y lo moral; tender a unir y reconciliar como Cristo que "de dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad" (Ef 2,14 y cfr. Gal 3,28; Rom 8, 19-23), y cuya misión fue "hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza" (Ef 1,10), a fin de que "Dios sea todo en todos" (I Cor 15,28). Ahora bien, esta misión, que es y tiene que ser directamente espiritual, moral, religiosa, interior, no puede dejar de irradiar en toda la realidad humana, en particular la socio-económica-política, ni puede contentarse con una irradiación probable, indeterminada en que todo cabe.

Tiene que descender a lo concreto. Esta es una exigencia clamorosa ahora y en Latinoamérica. Pero tiene el peligro (apuntado tácitamente por Puebla) de que acepte el falso supuesto de que existe una sola llave para abrir todas las puertas de lo socio-económico-político, que sería el materialismo económico y dialéctico y de acabar identificándose con él. El proceso no es rápido ni reflejo. Se comienza por afirmar que no es posible hablar más que en nombre de un partido político o de un sistema socio-económico y que pretender lo contrario es *ideología*. Ninguna teoría ni ninguna Religión —incluido el Cristianismo— se libra de ser *ideología*, es decir, estructurada a imagen y semejanza de su propia praxis y puro reflejo de ella, excepto, naturalmente, la teoría materialista!

Que a Marx la mera posibilidad de una Revelación le resultara indigna de toda consideración, no justifica que gente entrenada en raciocinio riguroso y sobre todo que sabe teología, ignore que cuando S. Pablo atestigua: "Yo recibí del Señor lo que os he transmitido..." (I Cor 11,23), aquello que "les ha transmitido" (en este caso, la institución de la Eucaristía, pero vale para cualquier verdad propiamente revelada) sólo pudo haberlo recibido del Señor y que es absolutamente imposible que haya una clase dominante o una casta de intelectuales alejada del pueblo trabajador que pueda producirlo. El que sabe lo que es la doctrina de la Eucaristía, y en general la Revelación propiamente dicha, sabe que ninguna criatura puede no digamos producirla, pero ni pensarla.

La opinión de Marx de que los motivos económicos nos determinan, o la de Freud de que son más bien los motivos inconscientes los que lo hacen, son simples variantes de opiniones muy antiguas y muy falsas. No porque no se den motivos económicos, inconscientes, y muchísimos otros; o porque efectivamente no haya acciones del hombre determinadas por ellos; sino porque, además de esas acciones *del hombre*, se dan acciones *humanas* libres, autoconscientes, en que se *elige* el motivo. Rechazar por tanto esa manida cháchara escéptica —que era más digna en su origen, en el viejo Pirrón—, no significa que neguemos el poderoso influjo de la economía; ni lo que tiene de objetiva la teoría del inconsciente de Freud. Pero ni el hallazgo marxista destruye el hecho de la existencia de motivos e influjos iguales o más fuertes que los económicos, como son los religiosos y otros del dinamismo humano (aunque no de tan inmediata exigencia como los biológicos de comer) ni el descubrimiento freudiano anula la demostración de la psicología racional de que el hombre que sabe por qué actúa de tal o cual modo, sabe por lo mismo que no actúa movido por ninguna fuerza desconocida, como sería el inconsciente. Si se da —como efectivamente se muestra que se da— el libre albedrío; queda sabido que su contradictorio, el determinismo (económico o psicológico) no puede ser verdad al mismo tiempo, y menos bajo la forma del “cuco” conocido sólo por el señor Marx y el señor Freud.

El hombre es el ser dotado de cerebro pre-frontal —según la expresión favorita de Chauchard— capaz de llevar a la luminosidad de ese cerebro, los temores oscuros del subconsciente y los móviles de la clase dominante. Tampoco el término *socialismo* debe usarse como un *cuco*. Tiene un sentido verdadero descrito por el teólogo Moltmann mejor que por los socialistas de profesión: “Si el socialismo quiere decir satisfacción de las necesidades materiales y justicia social, y en la medida en que lo haga, en una democracia material, el socialismo es el símbolo de la liberación del hombre de la maldición de la pobreza”<sup>8</sup>. Pero junto con ésta, existen otras maldiciones: La del círculo de la violencia, cuyo símbolo de liberación es el movimiento democrático; la del infierno de la alienación, cuyo símbolo de liberación es la emancipación; y la maldición que sintetiza todas las demás que Moltmann llama “la crisis o carencia de sentido”, de la que sólo libera la presencia de “Dios todo en todo”, sin el Cual las contradicciones se mantienen aun en la sociedad mejor organizada.

Todas estas “maldiciones” (sin presumir haberlas agotado) son los campos de la actuación del Sacerdote en el mundo que ampliamente hemos llamado político; pero todos esos campos son lo *penúltimo* que, afrontados con Fe, hacen merecer lo *último* que el cristiano cree y espera. El sacerdote en su predicación y actuación debe explicitar la diferencia que hay entre lo último y lo penúltimo, y no emitir sobre esto juicios absolutos ni permitir que el pueblo lo crea así, acostumbrado como está a considerar a su Ministro mensajero de la Revelación. La experiencia y la naturaleza de las cosas da que si el sacerdote no separa su opinión vertida en la esfera de la política, aun la ampliamente dicha, de la que profiere

<sup>8</sup> Jürgen Moltmann, *El Dios Crucificado*, Sígueme, 1975, p. 460.

en el ámbito sagrado, el pueblo fiel toma la una por la otra, con lo que, además de la perversión que eso supone, consagra la peor especie de atropello y dominio clerical.

Por la misión recibida de Dios y su función cerca del pueblo creemos que el sacerdote sólo podrá evitar dichos malentendidos y abusos en lo socio-económico-político si se mantiene estrictamente en el nivel de los principios. ¿Es esto concretización?, se dirá. No inmediatamente, pero sí mediatamente. A la larga se mostrará cierto que según sean los principios serán las realizaciones. El progreso avanza a impulsos de la apropiación de principios. El hombre racional no puede prescindir de los principios, menos (por su formación) el sacerdote; por eso se ha visto y se ve que después de dejados los grandes principios de la Ley Natural se ha caído, en mayor o menor grado, en los del materialismo dialéctico.

Una mayor concretización no sólo no es conveniente y propia sino que no es seria y honestamente posible. Un sacerdote y teólogo que realmente sean tales, no podrán estar al mismo tiempo capacitados para pronunciarse en concreto y proponer planes inmediatos con la competencia especializada que hoy se requiere. Si hay excepciones, confirman la regla; a menos que el sacerdote actual todavía abrigue esta ilusión: "El clero tiene frecuentemente la sensación de que la Iglesia no debe proclamar meramente los muy rectos principios de la vida social, cultural y política, sino que posee también, con ellos, los imperativos concretos para todas las cuestiones de alguna importancia, imperativos que no hay más que seguir para crear un estado de paz y felicidad universal en el mundo"<sup>9</sup>.

Si a pesar de todo alguien insistiera en que debe darse una mayor concretización, se podría preguntar: ¿Cuál? Porque de suyo todos los principios universales y primarios de la Ley Natural y de la Doctrina Social de la Iglesia, admiten diversas realizaciones concretas, esto es, pueden ser respetados y cumplidos por diversos Partidos políticos y sistemas socio-económicos. ¿No sería violar la autonomía del laico en un dominio que el Vaticano II le reconoce propio?

Es sabido que la teología de la liberación y cristianos por el socialismo sólo admiten este modelo socio-económico como única opción y que no ponen en duda la competencia de su juicio. Pero lo cierto es que así como ningún teólogo reconoce al economista como verdadero teólogo, tampoco el economista especialista reconoce al teólogo como economista en el sentido profesional y cosmovisional de la palabra. Realmente, tener dos profesiones técnica y cosmovisionalmente ahora, supone un entendimiento de arcángel, como dice Rahner, puesto que a duras penas cada uno conoce *parte* de su profesión. Sin rigor científico hoy no se hace ni teología ni economía ni sociología ni política. Los buenos tiempos en que una comisión clerical podía juzgar a Galileo, al Evolucionismo, etc., y en nombre de la teología se eliminaba una hipótesis realmente probable de otras ciencias, ha pasado.

Pero aun poniéndose en la gratuita hipótesis de que fuera *cierto* que entre los diversos modelos económicos el único elegible sería el propuesto

---

<sup>9</sup> Karl Rahner, Op. cit., p. 122.

por los cristianos por el socialismo (dichos "cristianos" son en su mayor parte sacerdotes y teólogos), no se seguiría que le toque al sacerdote, al teólogo o a la Iglesia, el enunciarlo y menos el propugnarlo, por la siguiente razón indiscutible teológicamente: "Puede ocurrir que un modelo determinado, entre esos muchos existentes (todos ellos legítimos desde el punto de vista de los principios universales, en una situación determinada), sea o bien el único modelo adecuado para conseguir realmente el fin humano de una economía, o bien el único modelo que deba elegirse entre todos en una situación histórica, si es que no se quiere que una economía salga dañada en el caos de tendencias contrapuestas... En cuanto Iglesia que habla oficialmente, la Iglesia no puede decir cuál de esos múltiples modelos es el correcto en este o en el otro sentido. Y, sin embargo, el dar respuesta a esta cuestión puede ser un problema de vida o muerte para una cultura o para un mundo en su totalidad"<sup>10</sup>. Conclusión aparentemente inhumana; pero ¿acaso Cristo no pudo idear el mejor sistema? ¿Acaso la Iglesia o el teólogo o el sacerdote recibe de la Revelación la capacidad de discernir entre sistemas económicos? El laico lo sabrá y decidirá.

Lo dicho no significa que el cristiano laico no pueda o no deba aplicar también en ese campo, como en toda su vida, las normas de conducta de su religión; o que para él elegir un modelo u otro de economía sea moralmente indiferente porque la Iglesia carezca de capacidad y competencia para mandarle cuál debe elegir. La Iglesia tampoco está capacitada para mandarle con quién debe casarse, pero no se sigue que sea moralmente indiferente la elección de la esposa o esposo. El laico debe elegir por razones económicas o socio-políticas que él debe saber; pero siempre iluminado por sus convicciones religiosas y morales. Estas, en casos realmente extremos, deben actuar como norma *negativa* que señale cuál sistema es directamente incompatible con la Fe, quedando empero bien entendido que ninguno de los compatibles se podrá identificar con la Fe.

En otras palabras, positivamente el sacerdote, el teólogo, la Iglesia, no puede hacer otra cosa que proclamar los principios universales de la Ley Natural y de la Tradición Apostólica. Pero el "no poder hacer otra cosa" no significa que sería mejor o más eficaz descender a lo inmediato y concreto. Una prueba de esto —permítasenos citar este ejemplo— podría ser la ponencia de Rahner en el más importante de los Diálogos entre Cristianos y Marxistas, el de Salzburgo, titulada: "El Cristianismo como Religión del Porvenir Absoluto"<sup>11</sup>, que Garaudy más tarde reprodujo en su libro *Del Anatema al Diálogo*. El influjo que ejerció esa ponencia eminentemente teológica y principista en esa gran asamblea debe contarse como central en el viraje del llamado "eurocomunismo"; cosa que no se puede decir de los congresos de "cristianos por el socialismo" en quienes el diálogo desapareció, no porque se llegara a una síntesis armoniosa sino porque el diálogo se absorbió en monólogo, al diluirse uno de los dialogantes en el otro.

<sup>10</sup> Ib., pp. 143-144.

<sup>11</sup> Cfr. *Marxistes et Chrétiens: Entretiens de Salzbourg*, Mame, 1968, pp. 219-235, y los debates subsiguientes donde se percibe el efecto de esas palabras en los filósofos marxistas.

El permanecer en el orden de los principios se entiende no sólo cuando el sacerdote habla en público y al público, sino también al individuo, máxime si lo hace en el ejercicio del ministerio. Lo contrario sería una triquiñuela para recuperar por la ventanilla del Confesionario aquello a que se renunció por el gran claustro doctrinal. Tampoco, pues, a nivel de la conciencia y en el foro sacramental, cuando tenga que juzgar o aconsejar en el orden socio-político, puede hacerlo con imperativos *positivos*, como serían: ¡Escoge tal partido! ¡Entra en tal sociedad! ¡Adopta tal sistema socio-económico! ¡Solidarízate con tal clase! En seguida se ve que así iría irremediablemente más allá de su misión y de sus propias posibilidades; y su opción no sería preferencial sino *excluyente* (Puebla, nn. 1145; 1165) y en contra de otros. El sacerdote en particular y el discípulo de Cristo en general se sitúa a lado del pobre y oprimido no en nombre de la *clase*, del *partido*, sino en nombre del hombre, de su dignidad, de sus derechos humanos y de su alma inmortal. Aun cuando por una moral caprichosamente entendida se convenciera que el *otro*, el burgués, el capitalista, es sin más pecador, lo distinguiría del pecado. Sólo en Dios el actuar se identifica con el ser; no en el hombre. A ejemplo de Cristo, ni excluye al rico ni canoniza al pobre por el hecho de serlo. Pero aquí no caben subterfugios. El Cristianismo debe tomarse en serio, y aun cuando uno no tenga fuerza para observarlo, debe confesar que cristianamente “no condenar, no rechazar al otro” no pide sólo abstenerse de hacerlo sino positivamente “amarlos como Cristo nos ha amado” (Jn 13,34; 15,12). Cristo murió por todos y cada uno. Cada hombre es todo un mundo para El; y en cada uno Jesús conquista o pierde enteramente su misión. Lo mismo debe sentir o por lo menos a lo mismo debe aspirar el sacerdote de Cristo.

#### **El Sacerdote no puede identificarse con nadie**

La razón que da Puebla es porque “los Pastores deben preocuparse de la unidad” (n. 526). Sin embargo Cristo, y después de El los Santos, se han identificado con los pobres y oprimidos. Aquí vamos a intentar conciliar ambas verdades a primera vista opuestas: “El sacerdote no debe identificarse con nadie” y “El sacerdote debe identificarse con el pobre y oprimido”. Si estas son verdades cristianas, lo han sido siempre; sin embargo nunca se presentó el problema de armonizarlas porque jamás se le ocurrió a los Santos y Sacerdotes del pasado, y menos a Cristo, que para identificarse con el pobre y oprimido había que hacer política partidista; entendiéndose por “política partidista” no el caso extremo de afiliarse a un partido político, sino el apoyarlo, el poder ser asimilado a él aunque sea bajo la denominación común de “izquierdista” o “derechista”, el ser, como dice Puebla, “excluyente”, “hacer una opción exclusiva” (nn. 1145; 1165).

En otras palabras, el problema es cómo el Sacerdote deba identificarse con el pobre y oprimido sin hacer política partidista. El problema no es de ninguna manera puramente especulativo, teórico, hipotético; es un problema *real* y no *aislado*, como cada uno puede ver y lo confirma Puebla: “Fenómenos nuevos y preocupantes son también la participación

por parte de sacerdotes en *política partidista*, ya no solamente en forma individual como algunos lo habían hecho, sino como *grupos* de presión y la aplicación a la acción pastoral en ciertos casos por parte de algunos de ellos de análisis sociales con fuerte connotación política" (n. 91), (el subrayado es nuestro). Naturalmente ningún sacerdote o teólogo suele reconocer (y no hay por qué dudar de su buena fe) que actúa en política partidista en el sentido dicho. Y esto es lo singularmente peligroso en la Iglesia. Cuando es fácil identificar una actitud o pensamiento como ajena a la Iglesia o así él mismo se identifica, por este solo hecho desaparece el peligro de corrupción interna del Cuerpo de la Iglesia, que es lo único realmente peligroso.

Pero ese no es el caso de la tendencia actual, parapetada detrás de una muralla de señales de precaución: "De alguna manera", "en cierto modo", "casi", "a veces"... que hace imposible identificar su ubicación al no iniciado y no preparado para un análisis y crítica interna de sus escritos y pronunciamientos. Escritos y pronunciamientos *¿de quién?* Puebla, en cuanto expresión del Magisterio hizo muy bien en no mencionar a la teología de la liberación; pero es evidente que es el interlocutor presente por ausencia, lo mismo que los "cristianos por el socialismo". Aquí, en un escrito que pretende ser de teología, es claro que tenemos que ser explícitos, aunque no menos respetuosos. Nos preguntamos, pues, si estos movimientos Latinoamericanos se identifican con el pobre sin hacer política partidista según la acepción dada; y si no lo logran, cómo podría armonizarse.

Véamoslo en algún texto representativo del estilo de toda esa teología: "...la manera de ser hombre y de ser cristiano en el presente de la realidad latinoamericana; esa manera se da hoy en la identificación con las *clases* oprimidas de este Continente de injusticia y despojo"<sup>12</sup>. Hemos subrayado la palabra *clases*, que no se usa aquí casualmente sino constantemente, porque allí se encierra el sutil desplazamiento del centro de atención que para la Religión es siempre el individuo, el sujeto con nombre propio, a lo colectivo y anónimo. Directa y primariamente la interpe-lación y la preocupación de la Religión es al sujeto concreto, personal, en sí, al bien individual. En cambio el Estado y la política esencial y primariamente miran al bien común, se dirigen a la colectividad. Por tanto, aunque pudiera parecer pequeña la diferencia entre decir "las *clases* oprimidas" en vez de "los *hombres* oprimidos"; es en realidad enorme. Baste evocar el lenguaje del Evangelio que siempre usa el demostrativo del hombre o de los hombres (independientemente de su condición socio-económica, aunque entonces no se denominara "clase"), dice: "Aquel (o Aquellos) que me confesare..." (Mt 10,32; Lc 12,8; Mc 1,5; Jn 9,22 y todo el resto del N T); o: "El que cree..."; "El que se bautizare..."; "El que come mi Cuerpo...", etc. Todo el Evangelio, pues, habla de hombres concretos; no de estratos, de grupos, a no ser derivadamente. Pero es el hombre individual que denomina al grupo, no al revés; por eso puede

<sup>12</sup> Gustavo Gutiérrez, "Praxis de Liberación. Teología y Anuncio", en *Concilium*, 1974 (96) p. 372.

absolver a una prostituta (Jn 8,3ss.); canonizar a un ladrón (Lc 23,43); comer con publicanos tenidos como colaboracionistas del Ocupante (Mt 9,11); traer la salvación a la casa de un rico (Lc 19,9), etc. Tampoco se podrían hallar antecedentes de este desplazamiento en la era apostólica o en cualquier etapa posterior del Cristianismo; es fruto de la reciente aplicación a la Pastoral de lo que Puebla llama "análisis social con fuerte connotación política", que evidentemente es la política marxista<sup>13</sup>.

Es verdad que la teología no puede limitarse a repetir mecánicamente lo dicho por el Evangelio y la Tradición; tiene que aplicarlo (no sólo explicarlo) de modo que alcance salvíficamente al hombre de cada época. Es también verdad que el actual clamor por la justicia social es una "señal de los tiempos" que reclama una modalidad *nueva* de ser cristianos. Pero en el Cristianismo cualquier manera *nueva* de serlo, si es auténtica, coincidirá substancialmente con su ser antiguo y eterno. Hay nuevos problemas, pero en el Cristianismo no hay una nueva Revelación, nuevos principios para enfrentarlos y darle valor salvífico. Cuando se dice que la Revelación cristiana se cerró con la muerte del último Apóstol, no quiere decir que quedaron otras cosas por decir y el Verbo Encarnado no las supo o no quiso decirlas. "Se cerró" significa "se completó", llegó a su cima, restando, naturalmente, el explicarla y aplicarla en diálogo con las necesidades y disciplinas de cada época. Qué duda cabe que hoy identificarse con el pobre pide rasgos distintos que en tiempo de Cristo o de S. Francisco de Asís; pero no podrá pedir nada que esté en desacuerdo y menos que contradiga la enseñanza de Cristo, bien entendida y no manipulada ni por la izquierda ni por la derecha.

Hoy —y también antes!— no puede decirse cristiano el que no se identifica con el pobre y oprimido; pero tampoco lo será el que se identifique "excluyentemente" (Puebla 1145; 1165) y menos si excluye a enteras "clases" sociales. El escritor siempre puede ser mejor (o peor) que sus ideas; por eso aquí no se juzga a la persona que escribe la frase sino a la frase escrita. Pues bien, ¿cómo justificar teológica y aun cristianamente una fórmula como ésta: "Optar por el pobre es optar por una clase social contra otra"<sup>14</sup>? Sin embargo la frase está ahí y también —por supuesto—

<sup>13</sup> De intento hemos omitido a autores no latinoamericanos. No obstante es ilustrativo tener en cuenta la pendiente que recorrió G. Girardi, que tanto influjo ejerce sobre los de aquí: "El análisis del materialismo histórico muestra que las verdades religiosas no pueden ser pensadas más que en función de la experiencia y la cultura profana de la comunidad creyente, de sus opciones antropológicas y políticas, y más exactamente de su posición de clase... Por tanto la supremacía de lo espiritual coincide de hecho con la primacía de las clases dominantes; y la trascendencia de lo espiritual es, de hecho, la transposición religiosa y moral de opciones políticas". Giulio Girardi, "Novedad Cristiana y Novedad del mundo", en *Sal Terrae* 1976 (57), vol. 15, p. 45; es decir, igual que el más cerrado marxista (que ni siquiera es el caso de Bloch, Gardavski, Machovec, Garaudy y otros) aplica a raja tablas, dogmáticamente, el materialismo histórico y dialéctico a la existencia del espíritu y aún de la Religión Revelada, que serían producto de opciones políticas, interés de las clases dominantes... Posición que recrudece en su libro posterior *Fe Cristiana y Materialismo Histórico*, Ed. Sígueme, 1978.

<sup>14</sup> Gustavo Gutiérrez, "Evangelio y Praxis de Liberación", en el volumen en colaboración *Fe Cristiana y Cambio Social en América Latina*, Ed. Sígueme 1973, p. 284.

en Documentos de "cristianos por el socialismo", por ej., el de Quebec <sup>15</sup> donde se lee: "Convertirse es afrontar el poder opresor... es dejarse cuestionar por las exigencias de las luchas populares. Esta ruptura política y espiritual es la presencia de la resurrección (n. 17)... La identificación con los intereses y las luchas de clases... es una nueva manera de acoger el don de la Palabra del Señor... será una teología hecha desde una opción de clase (n. 18), etc.". Que en todos estos escritos haya un "análisis social con fuerte connotación política" y ¡de qué tienda! no lo duda ningún iniciado <sup>16</sup>; mas nuestro propósito aquí no es insistir en ello sino destacar que ese no es el *cómo* del aporte del Sacerdote en lo socio-político; que todo ese lenguaje no se puede considerar un eco ni aun lejano del evangélico: "Os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos" (Mt 5,20).

Claro que uno puede decir que la justicia de los "cristianos *no* por el socialismo", tampoco es mayor que la de los fariseos. Sea. Esta no es nuestra aserción. Lo que decimos es que el teólogo y el sacerdote deben distinguir la opción política de la opción religiosa. Y la opción socialista o la capitalista son opciones socio-político-económicas concretas y deben permanecer tales. No sacralizarlas. No convertirlas en un subrogado religioso.

El entrenado en la dialéctica marxista objetará que lo que nos duele no es que hay una "fuerte connotación política" sino que ésta sea *marxista*. Efectivamente; esto tenemos que reconocerlo sin reticencias gazmoñas ni complejo de "izquierdista". Pero no sin matices. Lo que filosóficamente —antes de hacerlo cristianamente— rehusamos de la política marxista no es el que esta política sea socialista. La organización de la economía implantada a base de un puro análisis económico, nos encontraría de parte del sistema que mejor realiza el destino de los bienes de este mundo creados para el hombre (Gen 1, 28-30). Si socialismo es poner la economía al servicio del hombre —de todos los hombres, no de un grupo o de un partido— todo sacerdote y teólogo debe ser socialista. No tenemos intereses privados o de grupo que defender. Si filosóficamente rehusamos la política marxista es porque ésta —aún en lo económico— se deriva no de un análisis de la producción y distribución, sino de una filosofía e incluso de una teología. Y —nótese bien— el rechazo de esta filosofía y teología no se debe formalmente a que sea atea y que considere a la doctrina cristiana resultado de una "posición de clase", de una alienación, etc. ¡Ha habido y hay tantas filosofías y teologías que han dicho y dicen cosas peores del Cristianismo y por cierto con un fundamento mucho más estremeedor! Lo absolutamente repudiable del marxismo no es su filosofía y

<sup>15</sup> Cfr. *Documento de Québec*, Cap. II, "Nueva Práctica de la Fe", 13 de abril de 1975.

<sup>16</sup> Cfr. el comentario de Pierre Bigo, S.J. al "Nuevo Documento de los Cristianos por el Socialismo" en *Medellín*, Vol. 2, 1976, pp. 36-49. Como se sabe, Bigo es un experto en la materia, y no duda en decir taxativamente: "El marxismo se nombra una sola vez en el Documento (n. 18). Pero todos los criterios son marxistas: ninguna persona informada puede tener duda sobre este punto y los redactores son manifiestamente muy conscientes de ello... Es lisa y llanamente marxista" (pp. 36-37).



su teología como fruto del pensamiento sino como fruto de la espada. Si el "Arcángel furioso de la esperanza marxista"; como la llama Maulnier<sup>17</sup> usara el raciocinio y aun la invocación para implantarla, y no todos los medios de represión —abiertos o solapados— que tiene un Estado moderno, ningún cristiano tendría derecho a *repudiarlo* más de lo que lo hace con el ateísmo que también se da entre los capitalistas, etc.

Llegados a este punto es preciso decir dos palabras sobre una situación que se ha creado y ha confundido todo este asunto, perjudicando gravemente la imagen del sacerdocio católico en un aspecto —su sinceridad y veracidad— hasta ahora nunca puesta en tela de juicio, ni por los incrédulos. Nos referimos a la pregunta que constantemente resuena en nuestros oídos si es cierto que hay "curas comunistas". Nosotros creemos que mucho más grave que el problema real de si hay o no hay sacerdotes y obispos marxistas, es que se pueda formular tan repetida e insistentemente la pregunta a lo largo y lo ancho del Continente y que no pueda tener una respuesta suficientemente clara y honrada que ponga fin a la pregunta, no necesariamente porque tenga una respuesta negativa, sino —negativa o positiva— elimine lo perturbador de la incertidumbre que versa más que sobre el hecho objetivo sobre la honradez del estado sacerdotal y su credibilidad. Esto es lo perturbador de la pregunta no resuelta. No es fácil atribuir a la obstinación del que formula la pregunta, a su obtusidad, la carencia de respuesta. Los que preguntan son demasiados y de todas las condiciones y tendencias. En todo caso el Cristianismo que pretende ser la plenitud de toda Religión, insuperable dentro de la historia, tiene que ser capaz de dar una respuesta definitiva acerca de su propio ser, del cual es constitutivo su sacerdocio, al menos satisfactoria para las personas de buena fe e inteligentes.

Esa respuesta satisfactoria no se ha dado porque *no se puede dar*. Y no se puede dar simplemente porque la pregunta, una vez dados los motivos para formularla, ya no tiene respuesta. Por consiguiente la única respuesta a la pregunta de si hay sacerdotes y obispos comunistas y marxistas es suprimir la pregunta, suprimiendo los motivos que la originan. Si se piensa en la quiebra que ese estado de cosas ha introducido en la credibilidad y vigencia del sacerdocio católico en los creyentes y no creyentes, no se vacilará en suprimir los motivos, aun sacrificando valores reales, que en todo caso serán menores. Esos motivos objetivos se eliminarán ciertamente si el descenso del sacerdote (y del obispo) a lo socio-económico-político se limita a los grandes principios y sin merma ni silencio acerca de su preocupación específica, la religiosa, sino al servicio de ella. ¿Y cuál es la preocupación específica, *religiosa*?

#### "Instaurar el Reino de Dios en el Corazón de los Hombres"

Este es el fin directo y primario de la Iglesia de Cristo y por consiguiente del sacerdote y del teólogo. En vista de este fin no debe identificarse con nadie, no por neutralidad indiferente o cobarde. La teología

<sup>17</sup> Thierry Maulnier, *La Maison de la Nuit*, Paris 1954.

de la liberación y cristianos por el socialismo han difundido largamente la especie de que no se puede ser neutral es decir, no se puede abstener de tomar parte en política partidista. No suelen usar, naturalmente, la palabra "partidista", pero es claro que no se pueden referir a la política ampliamente dicha, como fenómeno cultural humano, que hemos descrito varias veces en estas páginas, sobre lo cual no habría duda posible de que ni se puede ni se debe ser neutral, ni nunca la Iglesia —ni Cristo— lo ha sido. El problema se plantea acerca de la política *partidista*, como también lo registra Puebla (nn. 91; 527; 696 y otros). Respecto de ésta, afirma la teología de la liberación que no se puede ser neutral, lo cual —se reconozca o no explícitamente— equivale a subordinar el fin de la Iglesia y del Cristianismo a la política.

Lo que Berdiaeff<sup>18</sup> decía del Marxismo —que había transferido la misión redentora del Mesías al Proletariado— la teología de la liberación lo viene a decir de la política en general. ¿Qué otro alcance puede tener una aseveración como ésta: "Lo político como una dimensión que abarca y condiciona exigentemente todo el quehacer humano... En el contexto de lo político, el hombre surge como un ser libre y responsable, como hombre en relación con otros hombres, como alguien que toma las riendas de su destino en la historia"<sup>19</sup>. Si un sacerdote y teólogo le asigna a la política la tarea de "condicionar exigentemente *todo* el quehacer del hombre" si éste "surge por la política como ser responsable y libre", que por la política "toma las riendas de su *destino* y de la historia..." ¿qué queda para la Religión sino una función a lo más subordinada y al servicio de la política y que puede ser sacrificada a este nuevo Moloch? Este endose a lo político del carácter absoluto de la Religión no está dicho en estos términos, pero ésta es la punzante impresión que deja la teología de la liberación por mucho que en ella también se pueda espigar un florilegio de frases como: "Jesús, el señor de la historia", etc., etc. No lo dice el Escritor, pero parece decirlo el escrito que la neutralidad ya no es imposible ante Aquél que dijo "El que no está conmigo, está contra mí" (Mt 12,30) sino ante lo político: "Por o contra el sistema"<sup>20</sup>; más aún, ante lo político partidista como se ve en el contexto y por la aclaración que allí mismo se añade: "...más sutilmente, reforma o revolución"<sup>21</sup>; y por cierto revolución que no ha de hacerla el laico. Allí no hay solución de continuidad entre el actuar político y revolucionario del laico y el del sacerdote, teólogo e Iglesia en general.

No tenemos que alargarnos en mostrar que el fin y el *método* que Cristo le asignó a la Iglesia y al sacerdote corre por otros derroteros; que más allá del cambio de sistemas y estructuras, apunta directa y primordialmente a "cambiar el corazón". Tampoco hace falta mostrar que esta tarea

<sup>18</sup> Nicolás Berdiaeff, *El Cristianismo y el Problema del Comunismo*, Espasa-Calpe, Madrid 1961, pp. 27ss.

<sup>19</sup> Gustavo Gutiérrez, *Evangelio y Praxis de Liberación*, Op. cit., p. 235.

<sup>20</sup> Gustavo Gutiérrez, *Teología de la Liberación*, C.E.P., Lima 1971, p. 172.

<sup>21</sup> *Ib.*

es privativa y exclusiva de la Religión. En lo que hay que detenerse algo más es en realzar que no es una misión ni inocua ni menos eficaz; desde luego relativa, pero aun absolutamente hablando. Cambiar el corazón se entiende como lo realizó Cristo, llevando al encuentro con Dios en fe y en la adoración litúrgica, por los Sacramentos y la oración. Es eficaz porque "lo que sale de la boca viene de dentro del corazón; y eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos..." (Mt 15,18). No puede ser inocua la Palabra de Aquél que "habló como jamás lo hizo hombre alguno" (Jn 7,46), no porque tuviera una oratoria excitada, violenta o simplemente técnica y especializada, sino porque su palabra tocaba el centro del corazón, confrontaba con uno mismo y con Dios. No hacía violencia, ni siquiera esa violencia que procede de la sugestión de las grandes personalidades. Su lenguaje, no menos que su método, fue manso, humilde, por el religioso respeto a la libre respuesta del hombre.

El que mide la eficacia con los criterios de la espectacularidad, visibilidad, inmediatez propios de la política que es exterior y tiende al éxito tangible y cuantificable con métodos compulsivos —comenzando por la propaganda—; y aunque obtenga democráticamente la autoridad, la ejerce coercitivamente porque tal es por esencia la autoridad civil; ese tal no reconocerá eficaz el "cambio del corazón" y aun tendrá un menosprecio compasivo por los que usan la expresión. Este es exactamente uno de los espacios por donde entra lo trágico en la existencia sacerdotal. Por lo mismo debe ser aceptada conscientemente, como una participación en el destino de Jesús, completamente ineficaz según esos criterios, puesto que terminó en la Cruz. Pues bien, justamente allí comienza la diferencia. Terminó en la Cruz, pero dejando la convicción insuprimible de que una inmensa cantidad de energías y posibilidades se quedaron sin utilizar. Sin utilizar; *no* perdidas. Cristo vive y su vida se despliega eficazmente, con la eficacia "ex opere operato" a través del sacerdote. Este tiene la posibilidad ontológica, la capacidad activa de hacer real la eficacia inagotable de Cristo. Posibilidad y capacidad vicaria; por tanto según la institución, las intenciones y el método de Aquél de quien es vicario, y en el nivel interior, de conciencia, "el corazón", donde El actuó.

Esto es menos tangible, menos fulminante. Así fue también la acción de los Santos. La obra de S. Pedro Claver en favor de los esclavos medida con criterios inmediatos no se compara con la del Mariscal Castilla o con la de Lincoln. Su identificación con ellos fue de otra manera, mas no menos efectiva. Evidentemente no bastan los Pedros Claveres para el efecto de que se trata. El sacerdote no suple al político y al estadista. Parece haber caído un poco en el olvido que también según los designios de Dios la autoridad civil, coercitiva, es necesaria e irremplazable. De ésta S. Pablo dice: "...no en vano lleva la espada, pues es un servidor de Dios para hacer justicia y castigar" (Rom 13,4). Implantar la justicia en la tierra no es ni puede ser obra exclusiva del Sacerdote. El también tiene su parte necesaria e irremplazable. Pero *su parte* debe entenderse claramente. El Estado, la política, y el sacerdote no son como causa primera y causa segunda o dos causas independientes en el sentido de que cada una

realiza la obra entera. Son concausas estrictamente dichas, ambas necesarias y ambas concurren haciendo *su* parte. Todo está, pues, en que el sacerdote sepa ser sacerdote y se contente con la acción y la parte de la obra que le corresponde, creyendo en ella porque cree en la acción de Cristo y en la fuerza de la Gracia. Si el Sacerdote y el teólogo se despoja de todo triunfalismo y cae reflejamente en la cuenta de que él no es el único en comprometerse con el oprimido, y no se ilusiona con que puede y debe hacerlo todo (en lo socio-político-económico), entonces hará efectivamente lo suyo, que no será poco, que valdrá la pena. Claro que no todos vamos a ser S. Pedro Claver o S. Francisco de Asís; pero ésta es cuestión inevitable de más o menos, no de orientación y convicción. Tampoco los otros son todos Castillas o Lincolns.

No tienen, pues, los sacerdotes y teólogos por qué correr a otras tiendas en busca de relevancia. El ir al encuentro de aquellas alienaciones modernas que no son de orden sacerdotal y teológico, sino político estrictamente dicho, tiene que creer humildemente que lo saben y pueden hacer mejor los políticos, sin querer enseñarles cómo deben ser políticos. El sacerdote y teólogo será irrelevante en cuanto tal, y con razón será devorado por la política, si en este campo quiere competir con el laico; pero sobre todo privará al pobre y oprimido del aporte liberador propiamente sacerdotal y teológico, y habrá esterilizado su acción específica en favor del Reino de Dios propiamente entendido, con su dimensión escatológica, que no consiste, según la expresiva fórmula de Moltmann, en la asíntota utópica de las revoluciones. Estas, aunque crearan como decía Paulo VI: "Las mejores estructuras sociales y los sistemas más idealizados, se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión del corazón y de la mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen" (E N n. 36).

No hay humanidad nueva si no hay *hombres* nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. Tal es el inmenso campo de acción del sacerdote y del teólogo. Si no queremos pactar definitivamente con nuestro fracaso, tenemos que vivir y anunciar el perenne sacrificio de Cristo que *ya* salvó al mundo, pero *todavía no*, porque espera, necesita (por Sus designios) del sacerdote y del teólogo la continuación de *esa* liberación y salvación.